

fuego en la Vendée y que había de reaparecer en los días más tristes de Francia en el presente siglo.

Los vendeanos pretendían apoderarse de la capital de la comarca, de Fontenay, pero antes tuvieron que batirse con el general Chalbos,—13 de Mayo,— que quiso cerrarles el paso en la Chataignerie, pero como solo tenía 2.000 hombres hubo de retirarse después de una enérgica resistencia que sólo sirvió para que los vendeanos se entregaran al saqueo del lugar, lo que dió ocasión para que muchos se retiraran á sus lugares para poner en salvo su botín, pero aún así y todo unos 10.000 hombres siguieron á sus jefes al ataque de Fontenay. Pero Chalbos que había recibido refuerzos salió nuevamente á su encuentro y logró batirlos y dispersarlos el día 16 de Mayo.

Consideraron los jefes vendeanos, de Elbee, Les-cure, Cathelineau, Rochejacquelin y Stofflet su derrota como una ignominia que debía vengarse dado que Chalbos les había vencido con fuerzas que no llegaban ni á la mitad de las que ellos llevaban, y así mandaron por Bonchamps, y habiendo llegado éste con su gente, el 25 de Mayo fué atacada Fontenay por 25.000 vendeanos, sin que Chalbos pudiera hacer otra cosa más con sus cuatro ó cinco mil hombres, que sacrificarse inútilmente en su defensa.

La toma de Fontenay cierra el primer período de la guerra vendeana. Las grandes masas que tan fácilmente lograban reunir sus jefes, ni siquiera se atrevieron á ir más allá de Fontenay que evacuaron el día 30 de Mayo, al ver que, al amagar un golpe sobre Niort, los campesinos de los departamentos vecinos se levantaron en masa para defenderla. La guerra de la Vendée iba, pues, á presentar un nuevo carácter. El gobierno y las poblaciones iban á defenderse con mayor energía y en más grande escala. Conviene, pues, antes de continuar adelante, ver en lo que pudo influir la guerra civil junto con la extranjera en los días en que los ejércitos de los aliados y de los realistas marchaban de triunfo en triunfo.

Dicho se está que los hombres de la Convención al ver como el 10 de Marzo había sido la señal de la insurrección de la Vendée, hubieron de creer en una inmensa conspiración realista que en efecto existía, pero que distaba mucho de tener la importancia que se le hubo de conceder desde luego en vista de la gravedad y de la importancia con que estallaba en el Marais y en el Bocage. Contra tantos enemigos romper la unión y la concordia era un

crimen, y este crimen se había realizado. Danton que lo había consumado de acuerdo con Robespierre quiso luego remediar su falta al ver la saña con que el inflexible hijo de Arras proseguía en su tarea de imponerse por el terror, y procuró una nueva reconciliación general, ¿pero era ésta posible? Tan pronto Danton abrió los brazos para que en su pecho corrieran á estrecharse la izquierda y la derecha, ésta, por Guadet le hizo saber que continuaba teniendo horror, y que su repugnancia para él era tan grande como la que sentían por Robespierre y los suyos, mientras estos se declaraban incompatibles con los girondinos.

Sin embargo, Danton persistió, sabía que no todos los girondinos eran tan intransigentes como Guadet, recordó á los que en Sceaux estuvieron á su lado y resolvió proseguir su patriótica tarea. Qué se propuso Danton, no ha sido posible averiguarlo. Pero entonces hizo un nuevo viaje á Bélgica, se abocó con Dumouriez, y por lo que luego sucedió hemos de creer que éste no se mostró propicio á secundar los planes de Danton. Sin embargo, este viaje tuvo un pretexto legal.

Dumouriez había escrito á la Convención una carta imperiosa como todas las suyas que se recibió el 14 de Marzo, y en la que el general se quejaba de todo el daño que los comisarios de la Convención habían causado en Bélgica al objeto de procurar recursos para la guerra y su anexión á Francia, y en esta carta terminaba el general diciendo á la Convención que ínterin esperaba remedio iba á poner orden en aquel estado de cosas. Esto era decir claramente que había de hacerse lo que él indicaba.

Habíase enviado el mensaje á quien correspondía para que fuera Dumouriez sometido á un tribunal militar cuando Danton se interpuso ofreciéndose á ir de nuevo en comisión al general para solventar todas las dificultades, ¿acaso no era el general de Valmy y de Jemmapes? Y al efecto, pidió que le acompañaran su amigo Lacroix y los girondinos Guadet y Gensonné, pero estos se excusaron evidentemente para dejarle á Danton toda la responsabilidad de los compromisos que iba á contraer.

Danton y Lacroix llegaron al campamento de Dumouriez después de las batallas de Tirlemont y de Tongres ó de Neerwinden, y encontraron al general muy reservado, como hombre que habiendo ya tomado su resolución no quiere admitir nuevos compromisos pero no hubo de desengañar á Danton y Lacroix quienes se apresuraron á regresar á París para proceder enérgicamente á la constitución de un gobierno firme y estable que Dumouriez y el

ejército habían en su opinión de apoyar. Pero Dumouriez después de un nuevo combate en que si bien quedó victorioso, hubo, sin embargo, de evacuar á Bruselas,—22 de Marzo,—tomando pretexto de un cambio de prisioneros manda á uno de sus edecanos al príncipe de Coburg á abrir una negociación secreta. El príncipe respondió á Dumouriez enviándole al otro día su coronel Mack. Dumouriez le dijo á éste que sus propósitos eran derribar la constitución y la república, restablecer la monarquía constitucional y sentar en el trono á Luis XVII. Coburg exigió para entenderse sobre estos puntos que ante todo Dumouriez evacuase la Bélgica entera,—25 de Marzo de 1793,—y el general francés lo consintió. Repasó la frontera el 29 y entonces Mack exigió la entrega previa de algunas fortalezas de la frontera francesa para concertarse y en esto estaban cuando aparecen en su campamento el ministro de la guerra acompañado de cuatro convencionales. Hé aquí lo que había motivado su nombramiento.

Danton, al regresar de Bélgica, hubo de decir á los girondinos que se podía contar con Dumouriez para destruir á la Comuna de París y á las secciones, y esta seguridad de nuevo orden y buen gobierno borró momentáneamente todos los agravios y escrúpulos, y Danton pudo ya el 25 de Marzo dar forma al gobierno de la república por la Convención nombrándose una comisión ó comité tomada de su seno y á la que competía examinar é intervenir los actos del gobierno. Ese comité tenía que constar de 25 miembros y sus sesiones tenían que ser públicas para todos los diputados de la Convención. Este acuerdo indica que la desconfianza continuaba reinando en el seno de la Asamblea, pero al fin se constituyó el comité, núcleo de un futuro gobierno y éste se compuso de 9 girondinos, 9 diputados del centro, 5 dantonistas con Danton al frente y sólo dos montañeses, Robespierre y uno de sus amigos. Esta votación era por demás significativa, y ya nadie podía dudar que lo que tanto se había deseado se había al fin realizado. La Gironda y Danton se habían entendido. ¿Pero esta inteligencia tenía una base segura?

Los jacobinos no pudieron ver resignados una coalición que los anulaba, y desde el mismo día 25 declararon la guerra al comité á fin de impedir su definitiva constitución. Principiaron los jacobinos para pedir el desarme de los girondinos, amén de las medidas que ulteriormente se pudieron tomar, y una sección de París, tomando de ellos ejemplo, pidió al día siguiente á la Convención el desarme

de todos los nobles, de todos los curas y de todos los sospechosos por los comités revolucionarios. En este estado las cosas, principian á llegar correo tras correo noticias de los últimos desgraciados combates de Dumouriez y de la evacuación de Bélgica, todo ello mezclado con el grito de traición que resonaba por todas partes exaltando á los ánimos, y como siempre preludivo un nuevo 2 de Setiembre.

Evidente la traición de Dumouriez, porque éste era espiado, la Convención determinó el día 30 que el general francés compareciera ante su barra, y que Beurnonville y cuatro convencionales fueran al ejército para que se cumpliera su orden. Pero en este mismo día estallaba la guerra á muerte entre los girondinos y Danton, pues aquéllos considerándose engañados y traicionados por Danton al solo objeto de constituir el Comité de salvación pública, estallaron furiosos contra Danton, quien hubo de defenderse sin salirse de su terreno de conciliación, pero como al día siguiente el Comité de vigilancia, en el que tenían mayoría los montañeses, mandara sellar los papeles de Roland, los girondinos atribuyeron esta infamia á Danton, y Lacroix se levantó para acusarle de no haber ido á Bélgica mas que para conspirar con Dumouriez, y no sólo se le acusó de traidor sino que le acusaron de prevaricador, de lo que se lavó apelando á Cambon. Pero el gran orador fuera de sí, se lanzó á fondo contra los girondinos, acusándoles de haber querido salvar al rey, de ser unos aristócratas y unos moderados con quienes no cabía arreglo ni composición alguna, lamentando el tiempo que había perdido en querer llevarlos por el buen camino, y terminó diciendo:—«No temo á mis acusadores: me he atrincherado en la ciudadela de la razón, y saldré de ella con el cañón de la verdad para pulverizar á mis enemigos.»

La montaña aplaudió frenéticamente á Danton, pues veía ya á los girondinos en sus manos, y para que no se les escapasen lanzó á uno de sus miembros á la tribuna, á Marat, para que pidiera que se castigara á los traidores en donde quiera que se encontrasen, aun cuando fuera entre los miembros de la Convención. Y esta proposición que destruía la inviolabilidad de un diputado, la apoyó un girondino. Nunca como en esta circunstancia pudo hablarse del atractivo que ejerce el suicidio. Claro está que este decreto era como una arma arrojada al palenque entre dos adversarios que habían de luchar para apoderarse de ella con pena de muerte para el que no la recogía. Ya veremos cómo esa arma ho-

micida fué pasando de mano en mano hasta acabar con los contendientes.

Dumouriez, á quien es forzoso volver para explicar las consecuencias inmediatas de su traición sorprendida por Beurnonville, Camus y demás convencionales, viendo que era imposible sustraerse al inflexible Camus, llama á los húsares de su escolta y mandó arrestar á los comisionados de la Convención, siendo necesario que acuchillasen al ministro de la guerra que quiso defenderse. Al otro día Dumouriez

cometía la infamia de entregar á los cinco prisioneros al príncipe de Coburg, que cometió la bajeza de que ya se habían hecho culpables los aliados con Lafayette y Lameth, no logrando recuperar la libertad sino hasta la misma época en que éstos la consiguieron.

La audacia de Dumouriez se impuso por de pronto, pero Dumouriez no había urdido una conspiración en el ejército, había contado pura y simplemente con su ascendiente, pero éste no pudo



MADAME ELISABETH

con todo lo que se había propuesto, pues al sentirse aislado el ejército, entre los enemigos de la patria y la patria que los llamaba traidores, se alborotó, y Dumouriez no tuvo más remedio que pasarse al enemigo con algunos jefes y ayudantes, y á punto estuvo de no poder consumir su traición, pues al pasar por delante del batallón de voluntarios de la Yonne, su comandante, un joven de 23 años, mandó hacer fuego. Este joven se llamaba Davout y fué más tarde el duque de Auerstaedt y príncipe de Eckuml.

Los cuatro días que puso Dumouriez en cumplir su traición, fueron para París días de terrible angustia, pues, como ya hemos dicho, parecía que el ejército le dejaba hacer, así llegó hasta publicar el restablecimiento de la monarquía con la Constitución de 1791, pero tan pronto se supo que el ejército

permanecía fiel, un grito atroz y cruel de venganza se dejó oír por todas partes. Veíanse traidores por todos lados y se quería aniquilarles á toda costa, así se dió una lamentable extensión á los poderes que tenían los comisionados de la Convención en provincias, pero lo más sensible de todo fué la inteligencia que se estableció entre Danton y Marat, tanto que mientras éste pedía para Danton la dictadura, Danton apoyaba á la Comuna de París. Marat, en fin, dijo el 3 de Abril en plena Convención, que era insensato hablar de Constitución y de libertad en aquellos momentos de lucha y cuando era más necesaria que nunca la fuerza para dominar la conspiración permanente, y sobre esto tuvo que informar el gran comité, y á Isnard le tocó dar dictamen, repitiéndose aquí lo que ya hemos visto del desconcierto girondino, pues, la obra del girondino Isnard

la atacó violentamente el girondino Buzot; Barere, Thuriot y Marat, sostuvieron el dictamen, que fué aprobado el día 5, y por el que se constituía un comité compuesto de nueve miembros, encargado de velar por la seguridad pública, debiendo renovarse mensualmente, siendo sus sesiones secretas, y

si se recuerda lo que antes dijimos se verá como el espíritu temeroso y reaccionario se apoderaba de la Convención, y en fin, no sólo se le ordenaba que debía vigilar á los ministros, sino que se le mandaba y facultaba para que en caso de necesidad pudiera suspender sus decretos, recibiendo sus decisiones



El 25 de Febrero de 1793 en París

efecto inmediato. Ahora es necesario fijarse en los miembros que fueron elegidos, pues la composición del nuevo comité, indica que á estar dotados los girondinos de mayor sentido gubernamental, hubiesen podido dominar la situación. En el comité, en efecto, solo entró Danton con dos de sus amigos, Cambon y Barere, con cuatro de sus amigos del centro, es decir, que Robespierre, lo mismo que Marat continuaban excluidos ellos y sus amigos del Comité

de salvación pública, y además hubieran podido prevenir resoluciones tan viciosas, como las que votó la Convención el mismo día 5, á propuesta de Danton, relativas á la formación de una guardia nacional ó de Sans-culottes como decía Lacroix, y á la fijación de un minimum en el precio del pan, medidas todas cuyo coste debía ir á cuenta de los ricos. Fué en medio de esta agitación extrema, cuando la Convención ordenó que se presentase á su barra el